

## II CONCURSO LITERARIO DE NARRATIVA.

### EL VIAJE - UNA VEZ MÁS EL VIAJE

No pongáis los bultos al montón, que luego no puedo cerrar el maletero, grita el hombre desde atrás del capot levantado. Su esposa, un poco más joven, aunque igual de demacrada, lleva todo la mañana ultimando. Comprueba cada detalle mínimo, está en el cierre de la bombona de butano, en la bajada de las persianas, en la última obcecada barrida del salón. Limpiando sobre limpio, como a ella le gusta decir. El hombre le ha preguntado por unos calcetines y ella se va repitiendo como en un rosario esta y otras faenas pendientes. A cada momento sus miradas convergen, se solicitan cada vez que vuelven a pensar en que, pese a todo, van a irse de viaje. y vuelven alas largas discusiones de los días previos en la cama de matrimonio. Sin saber aún si están haciendo bien ni qué razones últimas les han llevado a emprender el viaje, a ellos, tan cautos, tan que han llevado una vida sin sobresaltos, tan preocupados en no tener preocupaciones. El hombre y su esposa se miran por encima de los gritos y el ajetreo de la partida, y se dicen sin decirse que sí, que ánimo, que todo va a salir bien.

Y dejarlo todo en orden incluye también a los abuelos, que se dejan hacer con la excusa de la edad. Hace ya varios días que tienen los macutos preparados. Todo dispuesto como si ése viaje que van a emprender no fuera de una semana sino el último o el definitivo, y llevan quince días hablándose más insistentemente de dios, del alma y de la vida eterna. Aunque van dos velocidades por debajo que el resto llevan en la cara un cansancio de décadas, y una mueca de desasosiego y un beso al escapulario, que no nos pase nada. y llevan un rezo entre los dientes, sobre todo por el niño, hacerle ir tan pequeño, y por la autopista. Pero él, ajeno a todo eso, ya hace un rato que va brincando entre las maletas sin ninguna intención de contenerse por motivo alguno. Al echar el cerrojo el hombre mira la casa de forma extraña, como si los jarrones o los sofás fueran a ser distintos para su llegada, como si fueran a comenzar a moverse y a tramar, como si también para ése exiguo mobiliario empezaran en ése mismo instante las vacaciones, el descanso de ellos.

Finalmente consiguen encajarse en el automóvil. Cuando arranca el motor, con un bramido como de erupción, sobreviene un silencio. El hombre piensa que aún está a tiempo, aún puede volverse hacia su familia y anunciar que lo mejor será quedarse, que su deber como cabeza de familia es no exponerlos a ningún peligro, que lo más sensato sería pasar la semana en casa. Secretamente su esposa está en lo mismo, pero cómo presentarse entonces a la vuelta en la Escuela de Adultos admitiendo cobardemente que no salió de su calle, cómo soportar la bajeza moral, la burda vulgaridad. Es por todo ello que siente un alivio cuando el hombre da un manotazo a la palanca del intermitente y el auto pega un estirón y se enfila calle afuera en dirección a la autopista.

No bien han recorrido veinte kilómetros la esposa cae en la cuenta de que ha olvidado las pantuflas del abuelo, y éste, a su vez, ha reclamado una parada de urgencia. El niño dispara con la precisión del dedo índice a los ocupantes de los otros vehículos, pero nadie parece darse por abatido. Al final, dos indios de

una furgoneta enemiga le devuelven los tiros mientras reciben de su madre un entrepán de chorizo. El hombre ve pasar distraído a las otras familias en sus coches y, a pesar de un leve pánico por la incertidumbre, se siente por fin parte de algo que debe tener nombre. Y se descubre analizando por qué ha tenido que decirse por fin. Quizás, por fin, haya podido hacerse explícito eso que lleva tiempo temiendo, que hasta ése momento, hasta la toma de decisión de irse de viaje, la familia, su familia, sólo ha podido existir entre líneas, en las pausas de una vida social de la que, ahora lo sabe bien, nunca ha formado parte del todo. y se siente satisfecho compartiendo el éxodo de una masa social cohesionada de la que, a partir de ahora, si son partícipes. El hombre mira por la ventanilla a los otros padres de familia y hay una complicidad, una tarea en común, una responsabilidad que se lleva en la firmeza de las manos en el volante, en la manera de mandar callar y sentarse bien. En esas está cuando se topa con el primer peaje.

El hombre saluda satisfecho al muchacho de la cabina porque sabe, y se siente aceptado en un ritual que, hasta este mismo momento, sólo ha contemplado como mero espectador. Toda una vida por carreteras secundarias y hoy, por primera vez, en la autopista. Se recuesta con gusto en el asiento mientras paga, y esperando el cambio se gira hacia su esposa, que también sabe, y ambos comparten por un instante una sonrisa que es regocijo por el objetivo alcanzado, toma de posesión. Lástima ése buena suerte final del muchacho de la cabina, que los pone firmes de nuevo ante lo real y la abuela: ay señor, que así sea.

Al cabo de las horas los abuelos están como despachurrados en el asiento de atrás, han pasado de la emoción al apelmazamiento encajados como están. Su dulce nietecito empieza a parecer un pequeño bastardo que se retuerce y aúlla por todo el vehículo. y todos intentan sostener esquemáticamente conatos de convivencia o algo parecido a una normalidad que consiga hacer a un lado la angustia, porque saben que ya deben estar cerca y el hombre, a través del retrovisor, descubre al abuelo mirando a la abuela como por el borde de la cara. y las manos de los abuelos están entrelazadas y los nudillos se les han puesto blancos y las arterias palpitan, y decide no volverse hacia su esposa porque sabe del temblor en la comisura del labio, de la persistente incomodidad en el asiento, del gesto rígido cuando pasan por la señal que indica que falta un sólo kilómetro para la estación de servicio.

El hombre reduce la marcha y se enfila por la vía de acceso. El asiento ya no le parece tan confortable y el ruido del motor se alterna con un tintineo metálico que resulta ser el temblor de su esposa cuando toma la fiambra. Los abuelos mezclan la expectativa de la tortilla de patatas con una desazón y un ahogo de incertidumbre que el niño no comprende, y por las dudas, decide no preguntar porque sabe que está entrando en uno de esos campos vetados de la infancia que sólo de vez en cuando se hacen explícitos. Como ahora que ve avanzar muy despacio a sus padres y abuelos hacia la entrada de la cafetería, y sabe que saben, hay algo que él no debe comprender y que les está haciendo un nudo por dentro.

A veinte metros de la chica que reparte los boletos la abuela se revuelve bruscamente, y se queda tiesa en el gesto de salir corriendo porque el hombre y el abuelo la toman del brazo, y la llevan con una mirada de recriminación a tomar el boleto que la chica de la visera azul hace ya un rato que le ofrece junto con una amplia sonrisa. El hombre y su esposa también cogen su boleto y la saludan con cortesía, como mandan las normas de la decencia, y cogen también uno para el niño y otro para el abuelo.

La angustia pasa rápido, al hombre ya su esposa les han tocado sendos cafés con leche, al abuelo una infusión y al niño una empanada de tomate. Nadie se ha percatado de que la abuela, a sus espaldas, se ha quedado rígida como cuando uno se ha meado encima. Apenas tienen tiempo de volverse hacia ella, tomarle el boleto de la mano y leer: EL FOSO cuando dos operarios de visera azul se la llevan hacia el fondo del pasillo, la meten en un cuarto y la arrojan al vacío sin contemplaciones.

ueno, tampoco iba a durar mucho, observa el hombre sentado a la mesa plastificada de la cafetería, además, últimamente parecía ir a peor. y entre estas razones y la tortilla de patatas la desolación por la pérdida va cediendo paso a otros sentimientos. En un momento, con el abuelo y el niño distraídos, la esposa mira al hombre y le renueva la confianza, hay que apechugar, la autopista tiene estas cosas, y se abrazan y se besan y la vida es distinta en ese ambiente plastificado de buenas intenciones.

Nada más empieza a oscurecer llegan al siguiente peaje. El hombre trata de mantener la compostura cuando saca el brazo por la ventanilla, extrae el dinero y el chico de la cabina le despide con un buena suerte. A base de mirarse y sonreírse, el hombre y su esposa rehabilitan la ilusión, y pronto olvidan y tratan de concentrarse en las otras familias en los otros coches que pasan por su lado y les saludan y les sonrían y todo es como ellos hubieran querido que fuera. Aprovechando que ahora dispone de mayor espacio, el abuelo se ha ido estirando satisfecho en su digestión, y el niño duerme con la boca aplastada contra el cristal. El hombre trata de alargar la tarde y su esposa comprende, es una bendición tener al niño dormido, ahora puede relajarse, deslizarse en el asiento de copiloto y disfrutar de la línea blanca de la autopista. y descubre que le gusta más la continua, hay en ella algo de cohesión, de estabilidad, y le parece más hermosa, más tranquilizadora, y sin darse cuenta se descubre jugando a temer que salga la línea discontinua, y se inventa sin quererlo malestares, mínimas convulsiones cada vez que ésta aparece, y con tanto cambio de ánimo se le revuelve la tortilla de patatas en el estómago.

Ya de noche, con todos dormidos en el auto, el hombre aprovecha la minúscula intimidad para darse rienda suelta imaginando pegajosas escenas de sexo, satisfactorias venganzas y leves fantaseos. Luego tamborilea un rato con los dedos en el volante. Al rato descubre que no puede quebrar tan fácilmente la monotonía, y como el abuelo despierta con una incontenible necesidad de orinar, ambos se alegran de ver acercarse por la derecha la luminosa plasticidad de la estación de servicio.

La chica que reparte los boletos a la entrada, que se diría que es la misma de antes a juzgar por el gesto, ya les espera con la mano extendida y la sonrisa bajo la visera azul. En el sopor del despertar la angustia pasa rápido, al hombre le ha tocado un lavado de conciencia, a su esposa un carajillo y al niño un refresco. Cuando el abuelo abre su boleto y lee emparedado duda por un momento en preguntar si puede ser de jamón, sin darse cuenta que dos operarios de visera azul ya lo están tomando del brazo para introducirlo pasillo adentro, y les siguen otros dos operarios idénticos cargando los ladrillos y el saco de cemento.

El hombre ha desaparecido por una puerta lateral acompañado por otra señorita de visera azul, y su esposa, sentada con el niño a la minúscula mesa sintética, todavía está dudando entre cada dos sorbitos al carajillo el porqué de la estúpida sonrisa, de la alegría complacida del hombre dejándose llevar. y sube la taza despacio y no desvía la mirada de la puerta lateral cuando el niño, que empieza a comprender que el abuelo no volverá, da un sorbo al bote de refresco y la mira con los ojos muy abiertos: a lo mejor podríamos tomar otra carretera... pero no ha acabado la frase porque a su madre le ha caído la taza de las manos y ahora le mira como nunca antes le ha mirado: pero qué dices, y la línea blanca es otra vez discontinua, tanto sacrificio para esto, pero el niño (que aún no comprende el privilegio de viajar por autopista) insiste: o simplemente pasar de largo por las estaciones de servicio... pero tampoco ha podido acabar la frase porque el bofetón le llega en ángulo recto y le deja la palabra a trocitos en el aire. Entonces se abre la puerta lateral y aparece el hombre caminando a grandes zancadas, hace un gesto hacia la puerta mecánica y sale de la cafetería con la cabeza bien alta.

Ya en el automóvil el niño se estira todo entero en el asiento posterior y fija la mirada en las costuras de la tapicería para ayudarse a comprender, y con el ardor del golpe aún en la cara razona sobre la complejidad del mundo de los adultos, el precio de las cosas, la posibilidad de un mundo de cosas sencillas.

Mientras conduce en silencio el hombre ya no necesita del apoyo de su esposa para convencerse de que ha valido la pena emprender el viaje, que los abuelos ya estaban mayores y ahora sí, ahora están los tres, la verdadera familia, el auténtico núcleo en unas auténticas vacaciones. Y, estando en estos pensamientos, su esposa le descubre, bajo la mirada fija en la carretera, el inicio de una sonrisa de autocomplacencia.

Las primeras luces de la mañana iluminan artificialmente el interior del vehículo, el niño despierta con un dolor de cervicales y un olor áspero de cuero. El hombre ha conducido toda la noche con el ímpetu que da una conciencia tranquila, y su esposa se desembaraza del sueño intentando estiramientos y poniéndose erecta, y se ha quedado con el dibujo del asiento por toda la cara y el cuello. El niño la mira y piensa, pero no va a decirlo, que su madre se ha levantado esa mañana con el aspecto de un reptil.

Pese a llevar toda la noche al volante, el hombre está fresco y exultante. De repente se pone a entonar rancias canciones, a mirar alternativamente a su mujer ya su hijo, como queriendo abarcarlos en su perímetro de felicidad, y les

impone un júbilo a su modo, hablándoles de lo buena que fue la idea del viaje, de que al fin los tres solos, de que las cosas siempre acaban arreglándose por sí solas, y su esposa lo mira de reojo y piensa en el montón de años que hace que no lo ve así. Después de mucho tiempo el hombre vuelve a mirar a su hijo para hablarle, y empieza a hacer planes, a prometer cosas, a proyectar un futuro para los tres en el que todo va a ser distinto, sin estrecheces, sin privaciones. y estando en todo esto le apetece una tortilla de patatas y un plato de olivas, así que no lo duda ni un instante al distinguir al fondo la estación de servicio.

Al bajar del coche el hombre rodea con un brazo a su esposa y con el otro a su hijo, y los empuja con fuerza hacia el edificio plastificado de la cafetería. El buen día a la chica de la visera azul suena más eufórico que nunca, y el hombre siente algo muy parecido al orgullo viendo a su esposa ya su hijo coger el boleto, y, en su ímpetu, no se percató del temblor en la punta de los dedos al desplegarlo despacio. Hambrientos como están, la angustia pasa rápido. Al hombre le ha tocado en suerte un bocadillo de jamón serrano, y ya casi lo está notando entre los dientes cuando siente los tironcitos en la camisa a la altura de las costillas, y se vuelve para ver a su hijo con la pregunta por toda la cara: papá, qué significa lapidación, y aún tiene un reflejo de empezar a explicárselo pero a su señora esposa le ha debido tocar lo mismo, porque dos operarios de visera azul ya les acompañan hacia el fondo del pasillo, y les siguen otros dos operarios portando sacos repletos de pedruscos como puños. Desde la profundidad del pasillo, el hombre cree identificar una última mirada de los que han sido su familia antes de cerrarse la puerta a sus espaldas.

Mientras devora el bocadillo, que finalmente también tiene tomate, el hombre empieza a cavilar despacio. Después de una vida entera de recatación y pequeñas metas no puede abandonar, y mira a su alrededor y todo le parece tan elegante. No puede renunciar a esa pulcritud plastificada, ha conocido las dos caras y evidentemente prefiere esta de ahora, la del bocadillo de jamón con tomate, la de las chicas y los operarios de visera azul, la de una vida elegante y en conformidad. Comenzará de nuevo. Encontrará otra mujer que será su esposa, que tendrá unos padres yesos serán los abuelos de los hijos que sin duda tendrán. Con ella reconstruirá el sueño de una vida uniforme. Generarán sus propias metas (aunque en realidad no deberán ser muy distintas a las de ahora) y tal vez un día pueda volver a proponerle: un largo viaje por la autopista.

Al llegar al peaje, al último peaje, el hombre saluda al muchacho de la cabina, le paga con satisfacción y sabe que ése buena suerte tiene mucho que ver con su nueva vida. O quizás no será tan nueva, se puntualiza a sí mismo, su nueva familia, sus miembros, podrán tener (deberán tener) los mismos nombres y quizá el mismo aspecto, las mismas caras (o al menos parecidas), idénticas conversaciones. Para qué modificar lo que se sabe verdadero. y para formalizar el cambio el hombre deja abandonados en el viaducto todos los equipajes menos el suyo.

Cuando se quiere dar cuenta al hombre se le ha hecho la hora de comer, y el hombre, verdaderamente el hombre, ve de lejos la salida a la carretera

secundaria y duda por un instante (a sólo cien metros tiene la estación de servicio) tal vez podría evitarse un mal mayor, tal vez podría ceder, resignarse. El hombre, auténticamente el hombre, viene pensando estas y otras cosas en el momento de poner el intermitente, reducir la marcha y adentrarse lentamente por la vía de acceso a la estación de servicio.

Joaquim Díaz i Boils

En la tómbola del mundo  
yo he tenido mucha  
suerte  
porque todo mi cariño  
a tu número jugué.

**Marisol**